

VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD EL PAPA FRANCISCO
A MARSELLA PARA LA CONCLUSIÓN DE LOS "ENCUENTROS MEDITERRANEOS"
[22 - 23 de septiembre de 2023]

ORACIÓN MARIANA CON EL CLERO

SALUDO DEL SANTO PADRE

*Basílica de Notre Dame de la Garde (Marsella)
Viernes, 22 de septiembre de 2023*

Queridos hermanos y hermanas, ¡bon après-midi!

Estoy feliz de comenzar mi visita compartiendo con ustedes este momento de oración. Agradezco al cardenal Jean-Marc Aveline las palabras de bienvenida y saludo a S.E. Monseñor Eric de Moulins-Beaufort, los hermanos Obispos, los Padres Rectores y todos ustedes, sacerdotes, diáconos y seminaristas, hombres y mujeres consagrados que trabajan en esta archidiócesis con generosidad y compromiso para construir una civilización de encuentro con Dios y con los demás. ¡Gracias por vuestra presencia y vuestro servicio, y gracias por vuestras oraciones!

Una vez en Marsella, me uní a los grandes: Santa Teresa del Niño Jesús, Carlos de Foucauld, Juan Pablo II y muchos otros que vinieron aquí como peregrinos para encomendarse a Nuestra Señora de la Garde. Coloquemos bajo su manto los frutos de los Encuentros Mediterráneos, junto con las expectativas y esperanzas de vuestros corazones.

En la lectura bíblica, el profeta Sofonías nos exhortó al gozo y a la confianza, recordando que el Señor nuestro Dios no está lejos, está aquí, cerca de nosotros, para salvarnos (ver 3:17). Es un mensaje que remite, en cierto sentido, a la historia de esta Basílica y a lo que representa. De hecho, no fue fundada en memoria de un milagro o de una aparición particular, sino simplemente porque, desde el siglo XIII, el Pueblo santo de Dios buscó y encontró aquí, en la colina de La Garde, la presencia del Señor a través de los ojos de su Santa Madre. Por eso, desde hace siglos, los marselleses, especialmente los que navegan sobre las olas del Mediterráneo, suben allí a rezar. Fue el fiel Pueblo Santo de Dios quien –uso la palabra- “ungió” este santuario, este lugar de oración. Santo Pueblo de Dios que, como dice el Concilio, es infalible en la fe.

Aún hoy, para todos, la Bonne Mère es protagonista de un tierno "cruce de miradas": por un lado la de Jesús, que ella siempre nos señala y cuyo amor se refleja en sus ojos - el gesto más auténtico de la La Virgen dice: "Haced lo que Él os diga", indicando a Jesús; por el otro, los de tantos hombres y mujeres de todas las edades y condiciones, que ella recoge y lleva a Dios, como recordamos al principio de esta oración, colocando una vela. a sus pies encendido. Aquí, en la encrucijada de los pueblos que es Marsella, es precisamente en este cruce de miradas donde quisiera reflexionar con vosotros, porque me parece que en él se expresa bien la dimensión mariana de nuestro ministerio. De hecho, también nosotros, sacerdotes, personas consagradas, diáconos, estamos llamados a hacer sentir la mirada de Jesús y, al mismo tiempo, a acercar la mirada de nuestros hermanos a Jesús. Un intercambio de miradas. En el primer caso somos instrumentos de misericordia, en el segundo instrumentos de intercesión.

Primera mirada: la de Jesús acariciando al hombre. Es una mirada que va de arriba a abajo, pero no para juzgar, sino para levantar a los que están caídos. Es una mirada llena de ternura, que brilla a través de los ojos de María. Y nosotros, llamados a transmitir esta mirada, estamos llamados a rebajarnos, a sentir compasión - subrayo esta palabra: compasión. No olvidemos que el estilo de Dios es el de la cercanía, la compasión y la ternura: hacer nuestra "la paciente y alentadora

benevolencia del Buen Pastor, que no regaña a la oveja descarriada, sino que la lleva sobre sus hombros y celebra su regreso a redil (cf. Lucas 15, 4-7)" (Congregación para el Clero, Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros, 41). Me gusta pensar que el Señor no sabe señalar con el dedo para juzgar, pero sí sabe extender la mano para levantar.

Hermanos, hermanas, aprendamos de esta mirada, no dejemos pasar un día sin recordar cuándo la recibimos sobre nosotros, y hagámosla nuestra, para ser hombres y mujeres de compasión. Cercanía, compasión, ternura. No nos olvidamos. Ser compasivo significa ser cercano y tierno. Abramos las puertas de las iglesias y rectorías, pero sobre todo las del corazón, para mostrar el rostro de nuestro Señor a través de nuestra mansedumbre, bondad y hospitalidad. Quien se acerca a vosotros no encuentra distancias ni juicios, encuentra el testimonio de una alegría humilde, más fecunda que cualquier capacidad ostentosa. Que los heridos de la vida encuentren un refugio seguro, una acogida en tu mirada, un aliento en tu abrazo, una caricia en tus manos, capaz de secar las lágrimas. Incluso en las múltiples ocupaciones de cada día, no dejéis que falte el calor de la mirada paternal y materna de Dios, y a los sacerdotes, por favor: en el sacramento de la Penitencia, ¡perdonad siempre, perdonad! Sean generosos como Dios es generoso con nosotros. ¡Perdonar! Y con el perdón de Dios se abren muchos caminos en la vida. Y es hermoso hacerlo dispensando con generosidad su perdón, siempre, siempre, para soltar, por la gracia, a los hombres de las cadenas del pecado y liberarlos de bloqueos, remordimientos, resentimientos y miedos contra los que por sí solos no pueden prevalecer. Es hermoso redescubrir con asombro, a cualquier edad, la alegría de iluminar vidas, en los momentos felices y tristes, con los Sacramentos, y de transmitir, en nombre de Dios, esperanzas inesperadas: su cercanía que consuela, su compasión que cura. , su ternura que conmueve. Cercanía, compasión, ternura. Estad cerca de todos, especialmente de los más frágiles y menos afortunados, y que quienes sufren nunca falten vuestra atenta y discreta cercanía. Así, en ellos, pero también en vosotros, crecerá la fe que anima el presente, la esperanza que se abre al futuro y la caridad que dura para siempre. He aquí el primer movimiento: llevar la mirada de Jesús a nuestros hermanos. Sólo hay una situación en la vida en la que es legítimo menospreciar a una persona: es cuando intentamos tomarla de la mano para levantarla. En otras situaciones es pecado de soberbia. Mira a las personas que están abajo y que con la mano -consciente o inconscientemente- te piden que las levantes. Tomarlos de la mano y levantarlos: es un gesto muy hermoso, es un gesto que no se puede hacer sin ternura.

Y luego está la segunda mirada: la de los hombres y mujeres que se dirigen a Jesús: como María, que en Caná comprendió y presentó al Señor las preocupaciones de dos jóvenes esposos (cf. Juan 2,3), también vosotros estáis llamados. ser voz intercesora por los demás -hombres y mujeres por los demás- (ver Rom 8,34). Luego el rezo del Breviario, la meditación diaria de la Palabra, el Rosario y cualquier otra oración, recomiendo especialmente la de adoración. Hemos perdido un poco el sentido de adoración, debemos recuperarlo, os lo recomiendo. Todas estas oraciones se plasmarán en los rostros de aquellos que la Providencia ponga en vuestro camino. Llevaréis contigo sus ojos, sus voces, sus preguntas: en la Mesa Eucarística, frente al Sagrario o en el silencio de tu habitación, donde el Padre mira (ver Mt 6,6). Os haréis eco fielmente de ellos, como intercesores, como "ángeles en la tierra", mensajeros que presentan todo "ante la gloria del Señor" (Tb 12,12).

Y quisiera resumir esta breve meditación llamando vuestra atención sobre tres imágenes de María que se veneran en esta Basílica. La primera es la gran imagen que se encuentra en su parte superior, que la representa sosteniendo al Niño Jesús bendiciendo: aquí, como María, llevamos la bendición y la paz de Jesús a todas partes, a cada familia y a cada corazón. ¡Siembra paz! Es la mirada de la misericordia. La segunda imagen se encuentra debajo de nosotros, en la Cripta: es la Virgen del ramo, regalo de un generoso laico. También lleva en un brazo al Niño Jesús, y nos lo muestra, pero en el otro, en lugar del cetro, sostiene un ramo de flores. Nos hace pensar en cómo María, modelo de la Iglesia, al presentarnos a su Hijo, también nos presenta a Él, como un ramo de flores en el que cada persona es única, bella y preciosa a los ojos del Padre. Es la mirada de intercesión. Esto es muy importante: la intercesión. La primera fue la mirada de misericordia de la Virgen, ésta es la mirada de intercesión. Finalmente, la tercera imagen es la que vemos aquí en

el centro, sobre el altar, que llama la atención por el esplendor que irradia. También nosotros, queridos hermanos y hermanas, nos convertimos en Evangelio vivo en la medida en que lo damos, saliendo de nosotros mismos, reflejando su luz y su belleza con una vida humilde, alegre y llena de celo apostólico. Que sean un estímulo en ello los numerosos misioneros que han abandonado este alto lugar para anunciar la buena nueva de Jesucristo por todo el mundo.

Queridos, llevemos la mirada de Dios a nuestros hermanos, llevemos a Dios la sed de nuestros hermanos, contagiemos la alegría del Evangelio. Esta es nuestra vida y es increíblemente hermosa, a pesar de las dificultades y caídas, incluso de nuestros pecados. Oremos juntos a la Virgen, que nos acompaña, que nos guarda. Y tú, por favor, reza por mí.

Basílica de Notre Dame de la Garde, Marsella, Francia, viernes 22 de septiembre de 2023.

Francisco

Copyright © Dicasterio para la Comunicación - Librería Editorial Vaticana

Gentileza del Dicasterio para la Comunicación a través de la Oficina de Prensa de la Santa Sede.

Acompaña la difusión:

**Oficina de Comunicación y Prensa
Conferencia Episcopal Argentina**